

# LA MUERTE DE OQUENDO.<sup>1</sup>



(LEYENDA TRADUCIDA DEL BASCUENCE.)

EUSKAL-ERRIAREN ALDE.

## I.

D.<sup>a</sup> Maria de Lazcano estaba sentada junto á la ventana. El mes de Mayo habia cubierto de flores los campos y de hojas los árboles, pero todavía el tiempo estaba muy frio; por este motivo, habian abastecido el hogar de troncos gruesos y secos.

Aquel día, desde muy de mañana, comenzó la lluvia, sin que cesara un instante de caer. Desde las cumbres de *Ulia* los arroyuelos se precipitan saltando; en el alto cielo, la luz agoniza; en la tierra, las pálidas nieblas y las negras sombras, desde los valles y desde las orillas de los rios suben lentamente como queriendo borrar toda la blancura y el azulado todo de la tierra. Tal vez el día y la noche han peleado réciamente entre sí y el día vencido por su enemigo, acaso huye de este mundo para ocultar su gran vergüenza; aquel disminuir de la luz parece el supremo adios de la claridad; la casa, á la que el viento sacude, tiembla, y por las anchas ventanas penetran á la habitacion los espantosos rugidos del encolerizado mar.

De pronto una criada j6ven, abriendo la puerta grita:

—Señora, señora, traigo buenas noticias, buenas noticias....

—Qué es eso, Francisca, tienes trastornada la cabeza?

—No señora, no; traigo buenas noticias....

—Hasta cuando, mujer, vas á estar diciendo «traigo buenas noticias?» Dilas de una vez, para que yo las sepa.

(1) El original de esta leyenda, vertida hoy al castellano por su autor, ha sido premiado por unanimidad con una corona de plata en los juegos florales euskaros de San Sebastian.

(Véase pag.<sup>a</sup> 511, tomo IX.)

—El amo ha llegado; *La Capitana* ha llegado; el puerto está lleno de gente; cuántos aplausos! Cuántas aclamaciones! cuántos gritos de júbilo! parece que todo el mundo está loco...

—Es cierto? Virgen Santísima! mi adorado esposo llegó? está en San Sebastian? y nada me ha dicho el corazón? Feliz, mil y mil veces el día de hoy! Pensaba que ya no le volvería á ver. Tan anciano, ¡y siempre en el mar! siempre entre rabiosos enemigos! Pero es verdad, Francisca, lo que hé oído? Cómo, cuándo, has tenido noticia de esas enloquecedoras nuevas?

—Yo misma lo he visto, señora. Fuí á San Sebastian á sacar los niños de la escuela y reparé en que mucha gente se dirigía hácia el puerto. Un navío de la Escuadra Real, segun opinion de la gente, se preparaba á entrar.—Vamos,—les dije á los niños, incitada por las curiosidad—Vamos á ver ese navío.—Antes de que nosotros llegásemos al puerto, el buque habia anclado ya. Algunos marineros, conociendo quiénes eran los niños, me los quitaron de las manos, diciendo:—Ahora mismo acaba de llegar su abuelo; llevémoselos al barco; en el mundo, seguramente, no habrá mejor bien-venida para D. Antonio.—Así lo hicieron, y cuando la gente vió cómo entraban los niños en el navío, prorrumpió en aplausos y en aclamaciones. Yo, por mi parte, he venido á casa para comunicaros estas noticias.

Bien se veía que la leal servidora no habia perdido tiempo en el camino. Su frente, empapada en lluvia y en sudor, sus sayas que chorreaban agua, su aliento corto, sus piés y piernas desnudos enlodados, demostraban clarísimamente que para volver cuanto ántes á casa, Francisca no habia reparado ni en el cansancio ni en el mal camino.

—Pienso,— exclamó D.<sup>a</sup> Maria,— que mi pecho vá á reventar de júbilo; dicen que mata la alegría, cómo pues, vivo yo aún? Pero.... qué haré? Lo esperaré aquí? Iré al puerto? Si lo espero, cuántos tormentos, mientras viene!... si voy, nos abrazaremos delante de mucha gente.... qué vergüenza, para mí, que soy una pobre vieja! qué debilidad, para él, que es un héroe.... Me quedo; retuércete, corazón!

Es de noche; se ven nubarrones en el cielo y pardas nieblas en la tierra; en todas partes, la oscuridad; por las anchas ventanas penetran adentro las gotas de la borrasca y los espantosos rugidos del encolerizado mar.

La señora de la casa mandó á la muchacha que cerrase las venta-

nas y que encendiese las luces, pero ántes de que terminase esos quehaceres, D.<sup>a</sup> Maria dijo:

—Cállate, Francisca, no oyes un gran estruendo lejano? Se oye á manera de *irrinzis*, de gritos y de cánticos. Mira hácia San Sebastian, mira!

En direccion de la ciudad se descubre una gran claridad; aquella claridad se acerca lentamente al caserío de *Manteo-tolare* y con la claridad un extraordinario tumulto avanza, de igual modo que el trueno con el rayo.

—Se me figura,—dijo la criada,—que llega el amo y que la gente le acompaña.

—Sí, eso es, Francisca; no oyes cómo gritan «*Viva Oquendo?*»

Espectáculo impensado! Aquí, viejas arrugadas; allá hombres fornicados, un poco más léjos tiernas doncellas. Viejos y jóvenes, grandes y pequeños, ricos y pobres, pescadores, jornaleros, soldados, marinos, libradores, andan, se mueven, se acercan, se esparcen como el sonoro y revuelto mar. Muchos de ellos traen antorchas en las manos. En medio de la muchedumbre un hombre, muy entrado en años, más blanco que la luna, debilitado, cansado, hácia la tierra inclinado, imagen verdadera de la muerte, viene á caballo. Entre los pliegues de su capa, trae un niño. Este saca su cabecita rubia y sonríe á la gente: ¡blanca paloma anidada en un roble podrido! Otro niño desde los brazos de un soldado, envía con la mano besos á los que le rodean y la gente está indecisa, sin poder decidir, á quién ama más, si al viejo venerable que es una tarde enrojecida por el sol de la gloria, ó á los niños, que son una aurora humedecida por el rocío de la inocencia y de la esperanza.

## II.

Grande, sí, muy grande es la cocina del caserío de *Manteo-tolare*, pero no lo suficiente para los que allí estaban reunidos aquellanoche.

La mesa está atestada de manjares; el vino navarro mana de los odres como el agua de la fuente, y es de ver cuánto aficionado al *Peralta* se ha reunido en tan breve momento.

Oquendo está sentado á la cabecera de la mesa; á la derecha tiene

á su esposa, á la izquierda á sus nietos; mientras todos se hartan, él moja en vino dos ó tres cortezas de pan. D.<sup>a</sup> Maria, espantada, pero reservando para sí sus temores, contempla tristemente cómo aparecen en el rostro de su esposo las señales de la próxima muerte.

De pronto, todos se callaron, y Miguel de Horma, capitan pamplones de gran renombre, dijo:

—Quereis saber cómo tuvo lugar el combate? Oid, pues, con atencion.

«Aquel dia no se mostró el sol; el mar, el cielo y las costas de Francia y de Inglaterra estaban de color gris; las nubes cercanas nos enviaban una especie de lluvia de cenizas; un viento norte vivo nos mordía ásperamente las caras y las manos: los girones de las velas de nuestra nave *La Capitana* temblaban á compás del aire, como las alas de un águila herida; todos los soldados y marineros del navío parecíamos hombres viejos á consecuencia de la blanca espuma que recubría nuestros cabellos y barbas.

»La víspera, veintiun barcos españoles habian combatido rudamente más de ocho horas contra ciento catorce navíos holandeses; pero habiendo perdido la vida entre las llamas de un incendio D. Lope de Hoces con la mayor parte de su gente, y estando el número de los enemigos en demasiada desproporcion, despues de haberse rendido otras seis naves españolas, nuestra Armada se dispersó, mas nó sin causar un gran daño al enemigo, pues para entónces el Holandés perdió seis navíos. De esta manera nos quedamos sin ayuda en aquel tempestuoso mar.

»Inesperadamente, una voz rompió el silencio:

—Tenemos al enemigo á estribor!

»La azul anchura del mar se cubrió de manchas negras. Son las naves holandesas. Aquellos malditos hereges avanzan con las velas henchidas de aire, á manera de lobos ladrones, de águilas raptoras, de buitres hambrientos. ¡Suceso admirable! toda una Armada contra un sólo navío! Entónces un capitan le dijo á D. Antonio que era mejor volver al puerto de las Dunas —«Dios no quiera,—replicó D. Antonio—que manche mi reputacion con semejante villanía. Hasta hoy, jamás el enemigo vió mis espaldas. Arriad las velas, muchachos; aquí hemos de morir.»—La Armada holandesa al ver tan increíble arrojó; se maravilló sobremanera y comenzó el ataque de nuestra *La Capitana*, con toda la artillería. El hierro oscureció el aire; hasta el

cielo saltaba el agua; las tablas del navío temblaban con el estruendo como la tapa de una caldera al hervir del agua. Los soldados y marineros viendo aquella granizada de los infiernos, se llenaron de miedo y bajaron á debajo de las escotillas. Oquendo lanzó un grito que dominó el mugido del mar; y con la espada desnuda en la mano se fué tras los fugitivos hablándoles de esta manera para reconfortarles el corazón:—Queridos amigos, porqué huís? ya no llevan vuestras venas sangre española? Ah! cuán enflaquecido y debilitado está vuestro ánimo. Todavía no hace hoy ocho dias que ese enemigo, ese general, esos mismos bajeles, nos enseñaron cobardemente las espaldas, á pesar de contarse diez y siete navíos contra nuestra sola *La Capitana*. Mirad, no nos queda otro remedio sino pelear, porque más fácil ha de ser que el sol caiga al fondo de los mares, que el que yo, mientras viva, huya. Qué importa morir? Aquí sucumbiremos en defensa de nuestra Santa Religion, elevando hasta el más alto grado los nombres de nuestro Rey y de nuestra Pátria. Que son muchos los enemigos?... Mejor; así habrá más testigos de nuestra gloria. Dejad el miedo; adelante, muchachos.»—Tan pronto como los marineros y soldados oyeron estas palabras de fuego, salieron de las escotillas y volvieron á ocupar sus respectivos puestos. ¡Aquella si que fué hermosa fiesta! En el aire, hierro; en el cielo oscuridad; en las verdes olas, espuma; las cuerdas de los mástiles rechinando, el maderámen del buque retemblando, doscientos cañones haciendo fuego y el tremendo mar diciendo con sus espantables mugidos:—Aquí tengo agua para lavar toda la sangre y arena para enterrar todos los cadáveres.»—Pero fueron inútiles todos los esfuerzos del enemigo. Nuestra *La Capitana* invencible echó á pique á los primeros veinte navíos holandeses que se le arrimaron demasiado. El Holandés conociendo que con todas sus fuerzas no podia rendir á una nave sola, resolvió que era preciso practicar el abordaje con su Capitana, Almiranta, y dos navíos más. Pero ¿qué puede el cuervo al lado del águila? D. Antonio con gran gentileza, haciendo arriar las velas destrozadas, dijo:—«Que cada cual permanezca en su puesto; encended las mechas.»—Tan pronto como el enemigo se nos acercó, gritó Oquendo: —¡Fuego!—, *La Capitana* lanzó una descarga cerrada y los Holandeses gesticulando, rechinando de dientes, profiriendo gritos, blasfemando, cojeando, ladrando se dispersaron entre las nieblas.»

No es fácil decir los aplausos y vítores que siguieron á esta narra-

cion. Todos comenzaron á gritar: «¡Viva Oquendo! ¡Viva *La Capitana*! Viva eternamente nuestro gran compatriota!—Algunos ancianos lloraban enternecidos en los rincones, para no mostrar sus lágrimas á la luz del dia.

D. Antonio tenia el rostro más blanco que las nieves de Aralar y de Hernio. Hizo una señal con las manos para que todos se callasen y pronunció las siguientes palabras:.

—Queridos amigos y compañeros! Desde el fondo del corazon os doy las gracias. Yo tambien os amo mucho. He venido, sin otro cuidado, á daros mi último adios. Pero no debeis decir—«Viva Oquendo;»—sombra, ceniza, nada, es el hombre; todo lo grande procede de Dios. No he sido yo, nó, el vencedor de las cien naves holandesas, sino la diestra omnipotente del Señor; sin su ayuda, á estas horas seríamos pasto de los peces del mar. Démosle las gracias porque ha querido conceder á España tanta gloria por medio de un Bascongado.

Los circunstantes se arrodillaron, y con ardiente devocion rezaron un *Padre nuestro* y una *Ave Maria*. Enseguida Oquendo se levantó y dijo:

—Es tarde; mañana de madrugada he de partir hácia la Coruña.

—Cómo?—dijo D.<sup>a</sup> Maria,—piensas salir de aquí? No es posible; estás enfermo, estás débil. Aquí debes de permanecer hasta que se te restablezcan las fuerzas.

Inútiles fueron los consejos, las súplicas, los ruegos de la fiel esposa y de la gente congregada. D. Antonio respondió á los que le instaban:

—El Rey me ha mandado que lleve *La Capitana* á la Coruña, y si es preciso, probaré mi obediencia con la muerte. Yo espero que Dios me concederá las fuerzas necesarias para llegar allí; despues... despues... Ven á mis brazos, ven, Maria de mi corazon! Ven, pura compañera de toda mi vida, luz mia, miel mia, ven! Cuántas veces brilló para mí tu recuerdo entre los combates y las tormentas del mar, más que el lucero de la mañana! Venid, vosotros tambien, niños de mi alma!... Un beso... y otro... y otro... y mil más... Sed buenos Bascongados... Ay de mí! quisiera morir aquí! Adios, pedazos de mi carne y de mis huesos! Adios, tierra bascongada!

Despues de pronunciar estas palabras, Oquendo tomó el camino de la puerta: dos muy gruesas lágrimas, saliendo de sus ojos, se per-

dieron entre los blancos pelos de la barba. ¿Quién ha visto llorar al leon?

—Ah infeliz! exclamó D.<sup>a</sup> Maria; no te veré jamás.

—Que vuelva pronto el abuelo; no queremos que se vaya,—gemían los niños.

Mientras tanto, Oquendo se encamina al puerto; la gente le sigue; los *irrinzis* y los cánticos han enmudecido; de cuando en cuando un «viva Oquendo» desgarrá el silencio de la noche; D. Antonio se dirige triste hácia el embarcadero; el cielo, limpio ya, luce sus estrellas. Aquellas estrellas son los diamantes de la corona de Oquendo.

### III.

Ha trascurrido un mes.

Es el día de *Corpus-Christi*.

Los campanarios de la Coruña están repicando. En los balcones de las casas se ven damas hermosas, niños lozanos, apuestos caballeros ricamente ataviados con plumas, sedas, oro, terciopelos y otros muchos objetos de gran valor. De aquí allá, de arriba abajo, circulan en las calles los aldeanos abriéndose camino á brincos y á empujones, con ánimo de coger un buen punto para ver la procesion. De cuando en cuando los grupos de gentes se detietien delante de una gran casa situada junto al muelle y á los marineros que están de centinela les dirigen alguna pregunta. Oyen la respuesta, vuelven los ojos al cielo y con fisonomía entristecida prosiguen su camino.

Penetremos en la casa. Una sala grande, sombría; en un ángulo, una cama; en la cama un enfermo; junto al enfermo, un sacerdote; junto al sacerdote y al enfermo, una luz puesta sobre una mesa; hé aquí lo que encontramos en la casa.

El enfermo tiene los lábios blanquecinos, la nariz afilada, la frente húmeda de frio, sudor, la respiracion oprimida; el rostro acongojado ostenta todas las señales de la inmediata muerte. El moribundo es D. Antonio de Oquendo: el sacerdote, el Padre Gabriel de Henao, famoso historiador.

D. Antonio abrió los ojos y preguntó al P. Henao:—¿Qué han dicho los médicos?

El Padre Henao lanzó un suspiro, pero no replicó palabra.

—Decidme, por favor, la verdad. Ya sabeis, padre, que he visto muchas veces, y de cerca, la muerte. No la temo.

—La verdad es amarga, pero buena, y es el pan de los justos. Los médicos dicen que pronto vereis á Dios, que pronto saldreis de este mundo lamentable.

—Ah! tan próxima está la muerte?... Señor Dios, *hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.*

—Siempre magnánimo, D. Antonio! yo, en nombre del Salvador, os digo: bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

—Todavía no he perdido la cabeza, y quiero recibir inmediatamente la *Santa Uncion*. Padre, reconfortadme con este Sacramento consolador.

El Padre Henao hizo traer los santos óleos, y los compañeros de Oquendo, los soldados y jefes de *La Capitana* penetraron en el cuarto; todos traian velas encendidas. Aquellos marinos, curtidos por el aire, por la tempestad, por el sol, y por los peligros se mordian los lábios para no sollozar.

Recibida la *Extrema-Uncion*, D. Antonio dijo:

—Padre, os pido una gran merced; aun á los que llevan á la horca les otorgan sus últimos deseos....

—Decid lo que quereis; aquí estamos todos para vuestro servicio, así en las cosas del alma como en las del cuerpo.

—Ya sabeis, padre, que hace ya veinticinco dias que la calentura me está quemando la sangre. La sed me ahoga, el fuego interior me tuesta las entrañas. Dia y noche sólo un deseo he tenido; beber agua fria. Los médicos me lo prohibieron diciendo que me podría causar sumo daño. Ahora voy á morir, y ni el agua ni ninguna otra cosa me puede perjudicar. Concededme, padre, ese último placer.

El padre Henao le presentó inmediatamente un vaso de agua.

—Ah! me vuelvo loco! Agua fresca, agua cristalina! parece agua de las montañas bascas. A través del agua veo montes verdes, blancos caserios, bosques frondosos, *Manteo-tolare*, la casa de mi corazón.... Ven, agua consoladora, agua deseada, agua bendita!

D. Antonio tomó el vaso y lo acercó á los labios; pero ántes de beber detuvo la mano y añadió:

—¿Cómo? nuestro Salvador dijo en la cruz «tengo sed y los infames Judíos le dieron á beber vinagre, y yo que soy tan gran pecado



he de alcanzar el placer que no obtuvo el Señor de los cielos y de la tierra? No, no.

Y arrojó al suelo el vaso que se rompió en mil pedazos.

—Nuevamente os repito, D. Antonio, las palabras del Salvador; *bienaventurados los que lloran, pues ellos serán consolados.*

En el mismo instante salía de la Iglesia la procesion, y los cañones de la escuadra de Flandes comenzaron á disparar; toda la casa se conmovió. D. Antonio se sentó en la cama y exclamó:

—El enemigo viene... á mí, soldados! La Capitana está en peligro.... no le echaran encima sus garras....acudid!... preparad los cañones.... adelante, muchachos... Viva España!.. adelante.... adelante....

Mas no pudo terminar; las últimas congojas le acometieron y cayó sobre la almohada. Henao le puso sobre los lábios un Crucifijo; lo besó, y murió.

—Señores, D. Antonio de Oquendo ha muerto,—dijo á los circunstantes el padre Henao,—y ha muerto como mueren los Santos; ventura inmensa para un guerrero!

. . . . .  
 . . . . .  
 . . . . .

Hé aquí la vida y muerte de los nacidos só el árbol de Dios y Fuegos. Ay! cómo serán las nuestras euskaros castellanizados?<sup>1</sup>

ARTURO CAMPION.

Pamplona 7 de Diciembre de 1883.



(1) Esta traduccion, estrictamente ceñida al texto, la he hecho sobre el borrador de la leyenda, por hallarse el original en poder del *Consistorio de Juegos Florales de San Sebastian*, y no conservar copia de él. Al poner en limpio el manuscrito enviado al concurso introduje algunas pequeñas modificaciones. Esta es la causa de las ligerísimas variantes que se encontrarán al comparar el texto bascongado y el castellano; dichas variantes son muy pocas y de mera forma. (Nota del Autor).